

3ºD. ADVIENTO. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 1,6-8. 19-28.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. Los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, a que le preguntaran:

—¿Tú quién eres?

El confesó sin reservas:

—Yo no soy el Mesías.

Le preguntaron:

—Entonces ¿qué? ¿Eres tú Elías?

Él dijo:

—No lo soy.

—¿Eres tú el Profeta?

Respondió:

—No.

Y le dijeron:

—¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?

Él contestó:

—Yo soy "la voz que grita en el desierto: Allana el camino del Señor" (como dijo el Profeta Isaías).

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron:

—Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías ni Elías, ni el Profeta?

Juan les respondió:

—Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, que existía antes que yo y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

LA ALEGRÍA DE LA ESPERA

El tercer domingo de Adviento se llama **«domingo de la alegría»** y marca el paso de la primera parte del Adviento, principalmente austera y penitencial, a la segunda parte dominada por **«la espera de la salvación cercana»**.

El tema de la alegría es lo que se destaca en la liturgia de la Palabra. En la primera lectura oímos el grito del profeta Isaías: **«Desbordo de gozo con el Señor y me alegro con mi Dios»**. El Salmo responsorial es el **«Magnificat de María»**, intercalado del estribillo: **«Me alegro con mi Dios»** y la segunda lectura comienza con las palabras de Pablo: **«Hermanos: Estad siempre alegres»**.

Ser felices es tal vez el deseo humano más universal. **«Todos queremos ser felices»**. El poeta alemán Schiller cantó este anhelo universal al gozo en una poesía que después Beethoven immortalizó, haciendo el famoso **«Himno a la Alegría»** que concluye la Novena Sinfonía. También el Evangelio es, a su modo, un largo himno a la alegría. El nombre mismo **«Evangelio significa feliz noticia, anuncio de alegría»**.

El Adviento prepara así la Buena Noticia. Jesús nos trae una noticia, una novedad y esta novedad es buena: es **«un Dios nuevo y bueno»**. No es un Dios temible, lejano, propiedad de sabios, santos y poderosos. Es **«una madre»** ansiosa de todo lo mejor para sus hijos, especialmente para los más pequeños, para los que más necesitan de ella. Es la razón de que hablemos de **«Buena Noticia»** y de que nuestra primera respuesta sea **«la alegría»**.

La verdadera alegría nace del **«descubrimiento»** de lo que Dios es para nosotros y de la posibilidad de identificarnos con Él, **«saliendo de nuestro egoísmo»** y compartiendo lo que somos y tenemos. Las alegrías verdaderas y duraderas maduran siempre desde **«el sacrificio»**. **«¡No hay rosa sin espinas!»**

En el mundo, placer y dolor se siguen el uno al otro. Las personas buscamos desesperadamente separar a estos dos hermanos siameses, disfrutar del placer y huir del dolor. Pero esto es algo imposible pues **«es el propio placer desordenado el que se transforma en amargura»**. Ya en la antigüedad el poeta pagano Lucrezio decía: **«Un no sé qué de amargo surge de lo íntimo de cada placer nuestro y nos angustia incluso en medio de nuestras delicias»**.

Al no poder, por lo tanto, separar placer y dolor, se trata de **«elegir»**. O un placer pasajero que lleva a un dolor duradero, o un dolor pasajero que lleva a un placer duradero. Y esto vale para **«toda alegría humana honesta»**: la de un nacimiento, una familia unida, una fiesta, un trabajo bien hecho, el gozo de un amor bendecido, la amistad, una buena cosecha para el agricultor, una creación artística para el artista, una victoria para el atleta.

Alguno podría objetar que para el creyente la alegría en esta vida es sólo un objeto de espera, sólo **«un gozo de lo que está por venir»**. Y no es así. Existe una alegría interior y profunda que consiste precisamente en esa espera. Es más, tal vez ésta sea en el mundo, la forma más pura de la alegría; **«la alegría que se tiene en esperar»**.

El poeta Leopardi lo expresó estupendamente en su poesía **«Il sabato del villaggio»**. **«La alegría más intensa no es la del domingo, sino la del sábado; no es la de la fiesta, sino la de su espera»**. La diferencia es que la fiesta que el creyente espera no dura sólo unas horas para después volver otra vez al tedio o a la tristeza, sino que su alegría **«durará para siempre»**.

Sin embargo, es bastante habitual en la persona, **«no saber esperar»**. Se quiere conseguir todo enseguida haciendo que la vida se circunscriba únicamente a lo inmediato. No se conoce la alegría de la espera.

Un ejemplo de espera enriquecedora es la de quien aguarda el encuentro con un ser querido, pero esta espera alcanza su mayor plenitud cuando sabemos que también nosotros somos esperados por ella. Y esta es una de las mayores fuentes de alegría humana: **«esperar y ser esperados por alguien que nos quiere»**.

Esta experiencia humana puede ayudarnos a **«entender»** de alguna manera **«la estructura de la fe que anima al creyente»**. No es tan difícil captar que en nosotros hay una **«nostalgia»** de algo que no sabemos definir bien. Y es en esta vida **«nada nos llena del todo»**. Y surgen las preguntas. **«¿Qué espero yo de la vida?, ¿espero a Alguien?, ¿cuáles son mis anhelos más íntimos?»**

Y en torno a estas preguntas **«se va despertando la fe»**, la necesidad de Dios, la



necesidad de creer. El creyente es la persona que, poco a poco, va intuyendo desde lo más hondo de su corazón que **«espera a Dios y que es esperado por Dios»**, que camina al encuentro con Él y que **«Cristo es el camino»** para llegar a Él. **«Esta es la verdadera alegría»** ¡Que así sea!